

En todas las parroquias de Fuerteventura y de Lanzarote se celebran a lo vivo las fiestas de Navidad y la de los Reyes. Siguiendo la costumbre tradicional española, se cantan coplas y villancicos en los templos al son de flautas, violines, guitarras y otros músicos instrumentos, y bailan hombres y niños, vestidos de pastores en el altar mayor.

Esos regocijos ingenuos y candorosamente hermosos son un salto atrás al gran reinado de las alegrías bucólicas de las majadas de Belén, de esa pequeña ciudad llamada "Efrata" por un profeta; es el periodo de la infancia de la Buena Nueva, es Jesús en pobres, pero limpios pañales, en el pesebre del esta-

LAS PASCUAS

por Isaac Viera



blo sobre húmedas briznas; es el recuerdo de ese Niño sublime que ni aun tuvo, como Moisés, una cuna de mimbres.

En las majestuosas basílicas, así como bajo el humilde techo de la Iglesia del último villorrio resuenan la flauta y el tamboril, música tan sencilla como el corazón de los primero adoradores del que nació entre la humildad y la pobreza, en rústico recinto.

En Femés (Lanzarote), pueblo de pastores, desde tiempos remotos existía la costumbre de silbar en el templo, durante el acto recordatorio del nacimiento de Jesucristo. Sabedor de esto un sacerdote natural de una aldea de Gran Canaria que llegó a Femés pocos días antes de Navidad, destinado a ejercer allí las funciones de su ministerio subió al púlpito en la hora de a misa conventual y pronunció un sermón en el que prohibía a sus feligreses que continuaran practicando dicha costumbre, la que calificó de bárbara, y por lo tanto impropia de la solemnidad augusta de las fiestas religiosas.

Al día siguiente al de aquella filípica sagrada, en veredas, en predios y en los humildes hogares de los hijos de aquel lugar se hacían los más variados comentarios sobre las pretensiones del cura que en horas veinte y cuatro, que dijo el poeta, quería echar por tierra una costumbre sancionada por los siglos.

Unos carcamales dicen al unísono, en un corrillo, en donde se hallan mozos y muchachas que se ocupan de la guarda de sus ganados:

—No respetamos la orden del clérigo; ¡no faltaba más que nujotros no silbemos al nacer el Niño! Los demonios nos lleven si no soltamos el chillío, silbando en la procesión de Nohegüena, y si al cura no le gusta, que toque soletas.

Un pastorcillo que atento escuchaba a los ancianos, añadió:

—Me parece que vustedes deben jablar primero con el párroco pa que deje silbar como es uso y costumbre entre nujotros.

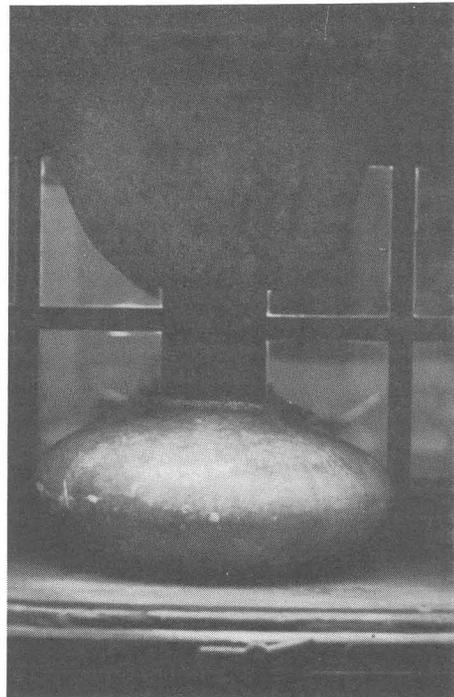
—Tienes razón, Periquillo: mañana mesmo irá mi yerno el alcalde a decirle al cura canario que deje silbar en la Iglesia la noche de Pascua de Naviá.

Al efecto, el presidente del Ayuntamiento de Femés, el secretario de la citada Corporación y el síndico personero se entrevistaron con el párroco, manifestándole que el vecindario en masa y los pagos jurisdiccionales de Las Casitas y Maciot estaban dispuestos a un levantamiento contra la orden de no silbar en la Iglesia la Nochebuena.

El sacerdote, después de oír en su casa rectoral las amenazas del monterilla y de sus acompañantes, dice riéndose a mandíbula batiente:

—¿Están los galos a las puertas de Roma? Tiembla la tierra y sus alrededores al solo anuncio de esa formidable rebelión la que, según ustedes, tendrá proporciones apocalípticas. En Femés —prosigue el cura sarcásticamente— se levantarán los vecinos de sus respectivas camas. Ese es el único levantamiento que en este pueblo ha habido y habrá mientras diciembre no dé azucenas. Al grito de ¡se ha sublevado Femés! se estremecerán las esferas. No revoco mi mandato: he ordenado que no se silbe en el templo la Noche de Navidad, y los que no me obedezcan tendrán que habérselas conmigo.

En vista de la burla sangrienta del sacerdote —cuyo espíritu tenía algo de lo que caracterizaba el genio del arcipreste de Hita— y de su rontunda negativa aquellos pobres hombres salieron con las orejas gachas, mohínos y cariacontecidos, dando inmediatamente cuenta a sus poderdantes del desastroso resultado de su conferencia con el "pater".





Un octogenario que ha pasado toda su vida apacentando cabras, al enterarse de la enérgica actitud del presbítero, gritó como un energúmeno:

—Aunque me mande el Papa que no silbe en la Iglesia la Nochebuena no le jaré caso.

Otros vecinos menos intransigentes que el viejo pastor, manifestaron que no convenía estar de puntas con el cura, añadiendo un zagalote:

—“Dicen que ese “confiscaco párroco” es un gran “jugaor” de palo y que “pa” luchar no tiene quien le iguale. Es lo que se llama un cura macho”.

* * *

Llegó la Nochebuena, como todo llega en este pícaro mundo, menos el premio gordo de la Lotería de Navidad para los desgraciados y todos los vecinos de Femés acudieron, como de costumbre, a la Iglesia a adorar al Niño Dios.

La procesión de la media noche en que se conmemora el nacimiento de Jesús, recorría las naves laterales del templo, observando todos los feligreses la mayor compostura y el orden más perfecto.

Sólo el viejo ochentón, que conocen ya nuestros lectores, y que estaba de pie junto a la pila del agua bendita murmuró por lo bajo:

—No me contengo.

Y casi al mismo tiempo que suelta esa frase, lanza un estridente silbido al pasar por su lado el sacerdote con el Ni-

ño Jesús en brazos. Sin decir oste ni moste el celebrante agarra por los pies la escultura y con ella da tan fuerte golpe en la calva del viejo pastor, que saltó la cabeza de la efigie, quedando la del anciano vertiendo chorros de sangre.

Así terminó en Femés la misa del gallo.

Un coplero, al salir la gente del templo, cantaba en medio de la plaza, la siguiente redondilla:

Al niño recién nació
le dio muerte el señor cura,
por mor a la calentura
que cogió con el silbío.

* * *

En la festividad de los Reyes existe la costumbre en varios pueblos lanzaroteños y majoreros, de correr la “estrella” desde el coro al altar mayor.

La iglesia queda en una especie de penumbra, destacándose el claro resplandor de la simbólica “estrella”, que es confeccionada “ad hoc” por artífice inteligente.

Los individuos que representan a los Magos, aparecen vestidos a usanza de aquellos reyes de Persia, y con plegadas tiendas y brillante comitiva avanzan por la nave central hasta el sitio que es trasunto de la cueva del Niño Dios.

Durante dicha ceremonia, aparece Herodes, colocado sobre un trono que se levanta al efecto, a la derecha del presbiterio.

En esa noche, la persona que desempeña el papel de tetrarca de Galilea, pronuncia un discurso e interroga a los Magos el objeto de su viaje. El creyente, en vista de la viveza de colorido que se imprime al cuadro bíblico, se imagina ver rodar las cabezas infantiles en la ciudad de David como botones de rosas.

Dentro y fuera de las iglesias entonan los ranchos variados aires de Pascuas con acompañamiento de espadones de acero, triángulos de la misma materia, que se tocan con un punzón de guitarrillos, panderetas y violines. En Lanzarote y Fuerteventura cantan endechas, “corridos y redores” que improvisan los “armistas”, nombre con que se distingue a los copleros en las expresadas islas.

En Tenerife cantan “Lo Divino” agradables voces al son de afinadas orquestas. Tanto en la Laguna como en Santa Cruz esos ranchos salen un mes antes de Navidad y recorren las principales casas de sus respectivas poblaciones, dando serenatas y cogiendo perras, que guarda el mochilero.

En la ciudad de los Adelantados, el peculio que reúnen es para ayudar a los gastos de las fiestas del Cristo según dicen los mismos del rancho.

Siempre se saca a baleo el Cristo.

Las castañas tostadas, los pasteles calentitos de Señor Juan de Dios y el vino, salen a relucir la Nochebuena, y a los afortunados que comen y beben, les dirá el Cristo:

—Buen provecho.